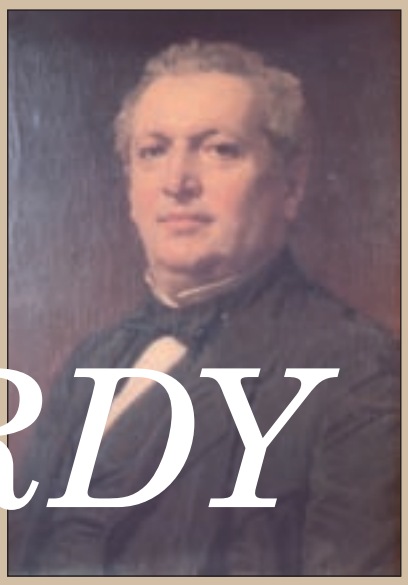

LHARDY

En el año 1839 se inauguró el restaurante Lhardy en la Carrera de San Jerónimo de Madrid, cerca de donde años antes había existido otro histórico establecimiento hostelero de la capital, "La Fontana de Oro" (1760-1824). Lhardy abrió inicialmente como pastelería, aunque poco después se reconvertiría en restaurante y punto de encuentro de políticos, aristócratas, intelectuales, artistas e incluso reyes y reinas, que comieron públicamente y también de incógnito en este establecimiento, el restaurante, dicen, más mencionado de la literatura española.

Su fundador fue Emilio Huguenin Dubois o Emilio Lhardy, como el se autodenominó. Nacido en Francia e hijo de padres suizos, aprendió repostería en Besançon. Tras un viaje a París para perfeccionar su técnica, abrió su primer establecimiento en Burdeos. Allí encontró una clientela distinguida y entró en contacto con numerosos exiliados españoles e importantes hispanistas. El escritor francés Próspero Merinée, autor de "Carmen", le habló muy bien de España y le auguró un esplendido porvenir en Madrid.

Aunque no existe documentación alguna, se cree que el nombre de Lhardy lo tomó del célebre café parisino "Hardy", después famosa "Maison Dorée". Su propietario trajo a Madrid las novedades gastronómicas que dominaban en aquel momento París. Tanto era su afán por satisfacer los estómagos de sus clientes, que regularmente enviaba a sus cocineros y reposteros a la capital francesa, para que aprendieran nuevas recetas y técnicas.

Entre los clientes ilustres de aquella primera época, destacan personajes como Alejandro Dumas, que viajó a Madrid con motivo de la boda de la Reina Isabel II con Francisco de Asís Borbón; el General Prim, quien utilizó el nombre del establecimiento para encubrir la sublevación militar de 1866, o Pedro J. Domecq, artífice de la comercialización y universalización del brandy español, quien contrató los servicios de Emilio Lhardy, para ofrecer un banquete en Jerez y de ahí surgió una sólida amistad. Domecq le regaló cientos de botellas de sus mejores reservas, que originaron la famosa cava de Lhardy.

La trastienda del Lhardy

El Marques de Salamanca fue otro de los habituales del Lhardy y, se explica, que incluso la propia reina Isabel II se escapó de palacio, en 1847, para cenar aquí con sus damas de servicio. Alfonso XII también acudió varias veces a esta casa, mientras que Benito Pérez Galdós se convertiría en uno de sus habituales, desde su llegada a Madrid en 1865. Pérez Galdós y otros muchos personajes de la época, mantenían reuniones en la trastienda del establecimiento que propiciaron tertulias regulares. Con motivo del terremoto de Granada y Málaga de 1885, se acordó, en uno de estos encuentros, la edición de una revista ilustrada para recaudar fondos. Años más tarde, en 1901 y en este mismo espacio del Lhardy, surgió la iniciativa de fundar la Sociedad Filarmónica Madrileña, y es que la música fue siempre uno de los motivos de conversación más recurridos de las tertulias de este establecimiento.

Una de las iniciativas más curiosas relacionadas con el Lhardy fueron, sin

el escaparate de Madrid

duda, los almuerzos dominicales instaurados por el Presidente de las Cortes, Segismundo Moret. Cada domingo invitaba a 15 diputados, por riguroso orden alfabético y alternativamente, también a los cuatro vicepresidentes del Congreso, los cuales, reunidos entorno a apetitosos platos, debatían sobre diferentes aspectos de la vida política y social del momento.

En 1885 se instaló el teléfono en el establecimiento. En aquel momento no había más de 49 abonados en Madrid, pero muchos de ellos se iniciaron en la costumbre de llamar y reservar mesa antes de acudir al restaurante.

Entre 1923 y 1930, Miguel Primo de Rivera eligió en más de una ocasión el salón japonés de este establecimiento, para celebrar Consejos de Ministros. También datan de esta época, 1928, las visitas del Nobel de Literatura, Jacinto Benavente.

Decadencia y auge

Durante la Guerra Civil, el Lhardy fue saqueado y cesó su actividad hasta 1940, cuando volvieron ha abrirse sus puertas. Tres años después, los salones de este establecimiento ya funcionaban a plena actividad y la Noche Vieja de ese año, se organizó la cena llamada de "Fin de Siglo, en la que sus asistentes debían ir vestidos como en el pasado siglo, rememorando la cena celebrada en ese mismo lugar en 1899.

Desde entonces, los encuentros memorables en el Lhardy han sido una constante. En 1948, por ejemplo, Baroja y Azorín fueron homenajeados por los libreros españoles en este restaurante, igual que lo fue, también, el torero, Manuel Rodríguez, Manolete.

A partir de 1950 se recuperó la costumbre de las tertulias en este establecimiento. Se convirtieron en asiduos de estos encuentros, personajes de la vida española como el Marqués de Desio, un gran gastrónomo, Domingo Ortega, un habitual de las tertulias taurinas, o Jiménez Quesada, conductor de numerosos encuentros entorno a temas médicos.

Años más tardes, y cuando se empezó a fraguar la transición española, estos mismos salones del Lhardy, fueron escenario de reuniones públicas o solapadas, de quienes se aprestaban a conducir los destinos del país.

Hoy, como siempre, y acaso más que nunca, Lhardy persevera en la voluntad de sintonizar con la sociedad de su tiempo, desde su oferta gastronómica, desde el rigor y la sensibilidad de su servicio, consecuente con la calidad de su trayectoria. Milagros Novo, Javier Pagola y todo su equipo se ocupan de ello.

El local

Lhardy ha sabido mantener durante los 168 años de su historia una característica atmósfera romántica. El diseño de los salones actuales del Lhardy es obra de Rafael Guerrero, igual que la decoración de la hermosa portada de la pastelería, con maderas de caoba antillana.

El comedor grande, conocido como Isabelino, da a la Carrera de San Jerónimo y los denominados Blanco y Japonés, a la calle del Pozo y al interior del edificio. Es famosa la lámpara de este último, con flecos de color rojo y dibujos chinescos en los costados. En los tres casos, el buen gusto utilizado en el diseño es evidente, igual que la calidad de los materiales que, con discretas restauraciones, exhiben su elegancia de más de un siglo.

A finales de los años 80 del siglo pasado, se inició la remodelación del establecimiento, que se amplió gracias a la compra del piso continuo. Esto permitió la creación de tres nuevos salones privados, en los que se recreó la decoración y estilo del resto de las estancias. Los nuevos espacios se bautizaron con los nombres de tres habituales ilustres, el violinista Sarasate y los tenores Gayarre y Tamberlick.

Antonio Arias

Fuente: "Lhardy, tradición y actualidad del escaparate de Madrid", Luis Cepeda.